

PROLOGO

Antropología Económica: entre los estigmas y las crisis.

“La economía pura tiene un procedimiento muy curioso de sacar conejos de un sombrero —aparentemente proposiciones a priori que parecen tener que ver con la realidad—. Es fascinador intentar descubrir como entraron los conejos en el sombrero; pues los que no creemos en la magia estamos convencidos de que entraron de alguna manera” J. R. Hicks *Valor y Capital*.

Al estigma general del que son objeto nuestras ciencias antropológicas a nivel general en el país e incluso en ámbitos académicos que observan una escasa o nula vinculación con las ciencias sociales, debe sumarse cierto desconcierto provocado por la palabra Económica adjetivando Antropología. No son pocos los colegas de las Ciencias Sociales que aún fruncen el ceño frente a este vínculo entre lo que a priori categorizan de “extremos” (el más “humanístico” y el más “ingenieril” del conocimiento social).

Vínculos polémicos. Para un breve análisis de los mismos, la cita de Hicks permite una lectura, en clave de la teoría económica moderna, sobre el rol y los trayectos teórico-metodológicos de la Antropología Económica. La referencia irónica a la Economía “pura” es decir la hipermodelización de que fue objeto la economía desde los neoclásicos de la escuela austríaca o marginalista (Menger, Bohn-Bawerk, Wiesser), resulta en aquel sentido ilustrativo de algunos posicionamientos en nuestra materia.

Semejante formulación, remite inmediatamente a un programa de economía que debería dar cuenta del comportamiento de los agentes económicos concretos. Esto es así en tanto el propio Hicks como economista neoclásico formula su propuesta analítica en términos de teoría de las decisiones de los agentes económicos. Aquí la distancia visible con la economía pura es una cuestión de grado de formalización.

Frente a la acusación de magia, M. Friedman observaría: cien-

cias del comportamiento si, pero en tanto ciencia, la economía no construye modelos para explicar como se comportan sino como deberían comportarse los agentes económicos dados determinados supuestos.

No pocos antropólogos han visualizado aquí la clave para una Antropología Económica: una especie de división del trabajo entre economistas y antropólogos. Los primeros trabajarían en la construcción de aquellos modelos a que nos acostumbran los manuales, los segundos a formular la validación empírica de los mismos.

Podemos incluso afirmar que gran parte de la Antropología económica norteamericana ha diseñado allí su objeto. Es decir, dando por válida la construcción de la economía como ciencia de la conducta y las decisiones de los "sujetos económicos", aquella tomaría para sí el estudio del *cómo se expresan* los procesos conductuales y decisionales en la cotidianidad "concreta".

Se perfila aquí cierto rol de la Antropología Económica en el programa interdisciplinario: ejercicio de la validación (etnográfica) de los modelos económicos hegemónicos. Lugar que como hemos expresado en otra oportunidad, estaba prefigurado en la economía clásica cuando la Antropología como ciencia aún no daba señales de vida.

También, con anterioridad, hemos planteado que en la Economía Política clásica se encuentra 'un doble movimiento en la configuración de los modelos y categorías sociales y económicas utilizadas. Por un lado, la referencia a un orden natural y a determinadas propensiones humanas, se asienta en una visión de lo *primitivo* en analogía con lo *natural*, y por el otro, la voluntad encarnada en la *razón* y el conocimiento científico que mostrará la lógica y funcionamiento de dicho orden para que la política económica siga sus pasos" (Trincheró: 1992:50).

La teoría económica neoclásica retomó aquello de las propensiones naturales al intercambio como un supuesto que no requería demostración alguna. Debieron pasar varias "crisis", pero sobre todo la sucedida en la década del 30, para que una parte significativa de los "economistas institucionales" (cfr. Herskovitz) repensaran

aquello de que toda oferta produce su demanda. Fue así que la reinstauración de niveles de demanda pasó a ser nuevamente una cuestión de Estado. Entonces, keynesianismo de por medio y a fuerza de grandes políticas de transferencia, la “economía” logró en la posguerra cierto dinamismo alentando renovadas expectativas en torno al equilibrio general.

Quizás por ello y tal vez a manera de distracción respecto de la **experiencia histórica**, rápidamente la teoría económica recuperaría su “identidad” de ciencia que estudia las leyes que regulan el funcionamiento de la sociedad civil, ciencia natural, ciencia inmanente al sistema (O. del Barco). En palabras de J. Strachey, polemizador en plena crisis del capitalismo:

“En verdad las crisis capitalistas son para los (sic) habitantes de nuestras comunidades industriales altamente desarrolladas, para los europeos y americanos modernos, lo que son para los salvajes las tempestades y los terremotos. Es cierto que los salvajes tienen sus expertos, sus hombres médicos que por medio de los cánticos o los lamentos, de sacrificios o de encantos, intentan engatusar al poder destructivo. El mundo capitalista también posee sus expertos, sus economistas; sin embargo, el fenómeno de la crisis está más allá del alcance de su ciencia” (1934:15).

Aquel rol de subordinación al que hacíamos referencia aparece también en los distintos “paradigmas” de la Antropología Económica. Así, pueden identificarse niveles de cierta correspondencia. El “sustantivismo” sería en este caso el correlato histórico y antropológico de la economía clásica; el “Formalismo” de la economía neoclásica e incluso las investigaciones antropológicas “marxistas” constituirían el campo de validación de modelos construidos en torno a los escritos de Marx y Engels.

Hoy la investigación en Antropología Económica está signada (al igual que, el conunto de las ciencias sociales) por un marcado escepticismo hacia la teoría. Se dice: “crisis de los grandes paradigmas teóricos”. Sin embargo preocupa que la interrogación pase exclusivamente por las teorías sin preguntarnos de que estamos hablando cuando decimos “crisis”.

Se insiste, con acierto, por ejemplo desde las aproximaciones referenciadas en la "Antropología marxista", que ya no es sustentable el intento de completar el materialismo histórico anejando al modelo de los modos de producción históricos el estudio sistemático de la "comunidad primitiva" bajo el argumento de que Marx no se interesó en ella como tema dominante; o bien, Engels dixit, continuar con el desarrollo de la verdadera Economía Política. Sin embargo inferir de allí una crisis teórica del "marxismo" es, en el mejor de los casos, apresurado.

En todo caso, habría que diferenciar entre aquellas lecturas "sintomáticas" que intentaron desarrollar la crítica de la economía política hacia una teoría general del materialismo histórico y/o de la propia economía política, respecto de los escritos de Marx (y la tradición crítica de la economía política) en tanto documentos de referencia irremplazables sobre las contradicciones del proceso de acumulación capitalista. En este sentido, tal vez, podría hablarse sobre la crisis de ciertas formas de modelizar e intenciones de cerrar las preguntas centrales allí enunciadas.

Pero también es importante detenerse en aquellos paradigmas a los que parecieran no afectarles las "crisis". La economía subjetiva, desplegada desde las tradiciones más cerradas de las ciencias conductivistas, arraigada en formulaciones antes normativas que explicativas del comportamiento del hombre (siempre genérico) convertido en agente económico y donde reencuentra una supuesta naturaleza esencial, goza hoy de buena salud. Aquí habría evidencia empírica de la capacidad predictiva de los supuestos neoclásicos vía muros de cemento derribados y, aunque otros muros de la aldea global discriminan a casi las $\frac{3}{4}$ partes de la humanidad. ¿Quién dice hoy que no es *natural* el precio que se paga ante la escasez de entradas para ver al mago otra vez en escena?

El presente volumen de Cuadernos de Antropología está constituido principalmente por artículos cuyos autores se referencian en el campo de la Antropología Económica. Un campo interdisciplinario y, como se dijo, conflictivo; tanto más por la negación obsesiva a que ha sido objeto por las corrientes más retrógradas

de la Antropología “nacional”. Pero su recuperación por parte de la antropología que intenta emerger hoy no ha de ser ingenua: no por negada la Antropología Económica que conocemos resulta, según lo expresado, exenta de sospecha.

Digamos entonces que una de las preocupaciones de la Antropología económica debería residir en la discusión teórica y metodológica (crítica) de aquellos intentos de naturalización de los modelos económicos hegemónicos; y aquí no se trata simplemente de la crítica a la traslación lineal de modelos y categorías económicas a las “sociedades tradicionales”, se trata, por un lado, del análisis en torno a los determinantes sociales que instauran en forma hegemónica dichos modelos y categorías como fundamento explicativo de las relaciones sociales contemporáneas y que intentan su reproducción ampliada, entre otros campos, en distintas antropologías.

Por otro lado y siendo que la mayor producción en el campo de la Antropología Económica, según lo que hemos planteado en un reciente libro “estuvo hasta el presente dedicada a la reconstrucción más o menos sistemática de procesos de producción, circulación, distribución y consumo que se suponían exteriores al proceso de valorización capitalista” (1992:111), un avance significativo en la producción del conocimiento en este campo debería residir, a nuestro entender, en el análisis sobre el lugar que ocupan las denominadas “economías domésticas”, ‘economías informales’, etc. en los procesos actuales de acumulación y expansión capitalista.

Ricardo Abduca, Aleandro Balazote, Juan Carlos Radovich y Gastón Gordillo, desde aproximaciones particulares, nos muestran avances de sus investigaciones en torno a la dinámica de la pequeña producción o economía doméstica en el marco de las transformaciones en las estructuras agrarias regionales.

Guillermo Quirós, da cuenta de la construcción de ciertos estigmas en el campo de los discursos antropológicos y económicos, Mónica Rotman analiza el campo de la producción artesanal urbana y, Rubens Bayardo nos introduce en la problemática de las relaciones laborales en los circuitos de teatro alterantivos; por último, en un texto alejado de la temática específica, Axel Lazzari

expone los resultados de su trabajo sobre las redes del clientelismo político.

Buenos Aires, octubre de 1992

Héctor Hugo Trincheró

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

Hicks, J. R. *Valor y Capital*, México, FCE, 1974.

Strachey, J. *The nature of capitalist crisis*, Londres, Golanez, 1934.

Trincheró, H. (comp.) *Antopología Eeconómica (vols. I y II)*. Buenos Aires, CEAL, 1992.